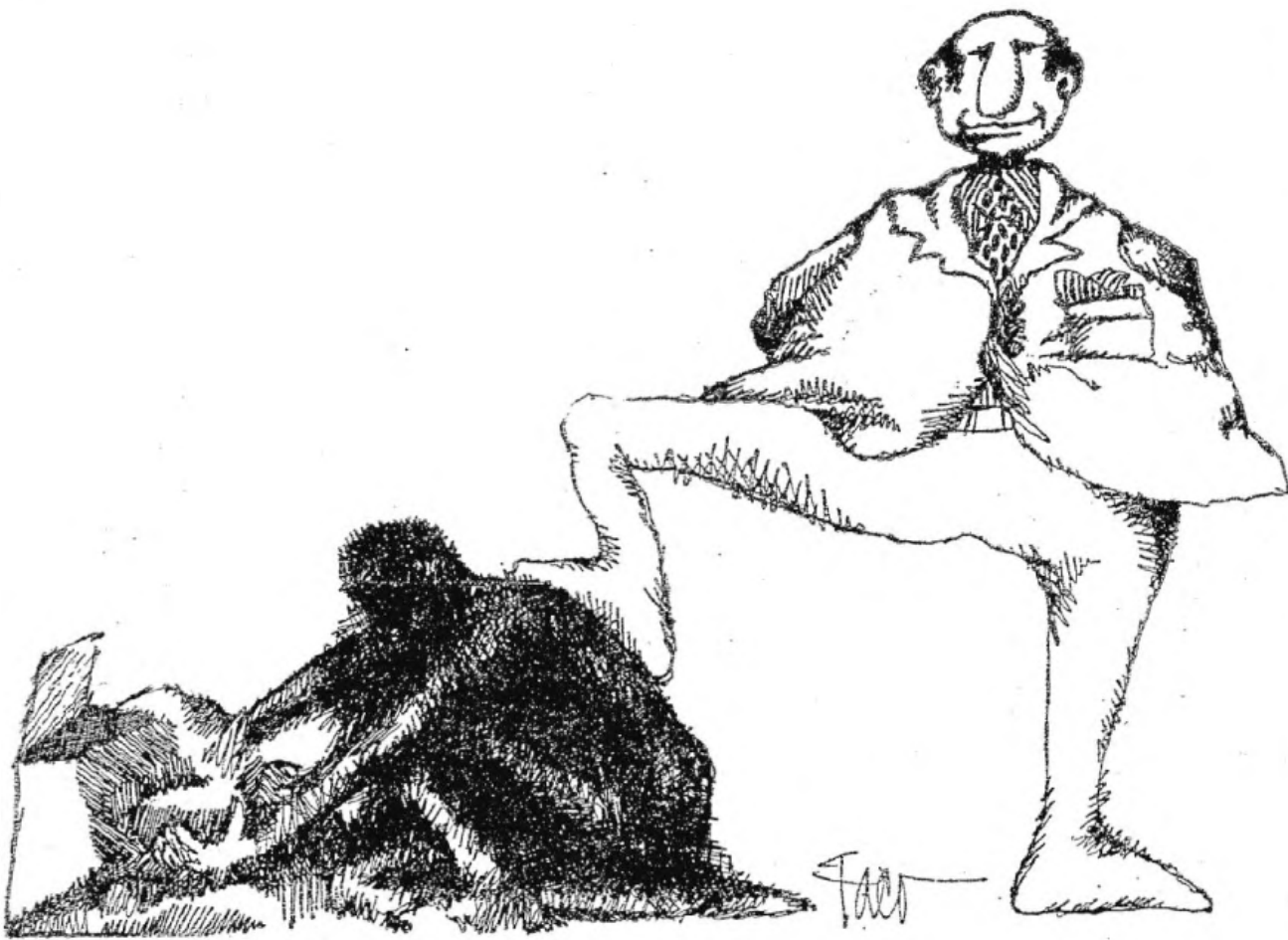


la otra cara del basural

HUGO ALFARO



EN la pirámide de explotación que es el basural, quien hunde en éste pies y manos es el pichi, un marginado que sólo se parece al bichicome en que ninguno de los dos tiene seguro el sustento diario; y que se diferencia de él en que el pichi tiene hábitos de trabajo y, a menudo, familia a su cargo, mientras el bichicome suele ser un desocupado vocacional y un solitario que medita. El pichi, que entra, pues, en el mercado de trabajo y que es, por tanto, "homo economicus", carga sobre sus hombros una trinidad nada santísima, formada por los propietarios del depósito chico, del mediano y del grande, los que a su vez tienen por encima al sol que más calienta: el fabricante de papel.

Lo que caracteriza, desde lejos, a un depósito chico es el olor a mugre. Recibe toda clase de desperdicios, de paños higiénicos a carne podrida. Éstos son los compañeros solidarios del papel tacho, alimento terrestre del depósito, suministrado a carradas por los pichis. Los depósitos chicos abundan en las zonas aledañas de los cantegriles, que es donde se encuentran las canteras. Cada uno da trabajo a 3 ó 4 empleados, que al cabo de una jornada de ocho horas, cumplida en bochornosas condiciones de salubridad, ganan entre 400 y 500 pesos, por cabeza y por día. La gente dura allí un par de meses, tres o cuatro a lo sumo, lo que libera al patrón de toda carga social u obligación legal. Mientras tanto el empleado, las más de las veces un adolescente, deja el depósito con las pituitarias impregnadas para siempre con el olor de la miseria. Allí se hace una clasificación primaria por objetos —papel, trapo, botellas, vidrio, metal, alimentos— y el mayor volumen, que es el del papel, pasa a los depósitos medianos, que después de clasificarlo, a su vez, por categorías —tacho, tercera, archivo o registro, etcétera— lo venden enfardado, en algunos casos directamente a las fábricas, y en los más, a los depósitos grandes, que son muy pocos y muy grandes.

Los depósitos medianos están ubicados en zonas más céntricas que los chicos (Aguada, la Comercial) y reciben un tipo de basura más "distinguida", sea porque el depósito chico ya filtró lo más grueso o porque la zona misma produce mejor basura, al nivel de una clase social que se desprende de lo que quizás otra no tiraría. El depósito intermedio paga por el papel tacho unos 5 pesos (desde hace unos días, algo más); por el de tercera, 7 pesos; por archivo, entre 9 y 12; por el mixto, 15; por la bolsa de portland (multipliego, 80 % de materia prima), alrededor de 50 pesos, y por las fichas IBM alrededor de 70 pesos el quilo. Pero las fichas IBM son el sueño imposible del pichi, el brazaete de diamantes que nadie pierde. Son tan codiciadas que no llegan nunca a convertirse en basura. Si estallara un día un rascacielos, los pordioseros verían volar las fichas por millares hasta tapar el sol, pero ninguna caería en un tacho de basura: en pleno aire, los contratistas harían valer (a zancadillas, codazos y golpes bajos) sus derechos de exclusividad. Es que la entraña de las fichas IBM es de celulosa pura (costosa materia prima con la que se elaboran los papeles más finos) y por sus rengiones debe correr sangre azul.

A ras de tierra, la cosa es más sórdida. Trabajan en los depósitos intermedios unos 5 empleados, que ganan alrededor de 600 pesos diarios, y un capataz, 700. Pero el dueño vende a 50 pesos

lo que compró a 5 (siempre que, sorteando el depósito grande, pueda entenderse directamente con una fábrica). Si se tiene en cuenta que compra papel y otros desperdicios por un volumen diario de 25 ó 30 mil pesos, he ahí una pauta de los márgenes de utilidad con que trabaja, quedando así, apenas insinuada la formidable importancia económica del basural. Éste da apenas para alimentar a los hurgadores y sus familias, y en cambio alimenta a las fábricas de cartón con una materia prima baratísima (el papel tacho) y una mano de obra (la del pichi) casi regalada. Pero el negocio es el negocio, y como siempre se puede ganar un poco más, es proverbial que los depósitos roben descaradamente en el peso. Algunos usan balanzas de carnicería, con dos graciosos pilones: uno roba 30 quilos en 100 y el otro, más tímido, sólo 4 ó 5, una miseria. No siempre, hay que ser justos. La casa es seria. Si se trata de un cliente bueno (oficinas, imprentas, tiendas) o simplemente desconfiado, se les aplica el pilón tímido. Pero si es un cliente ocasional o un pichi molesto, a ver, Juancito, traeme aquella balanza, no, no, ésa no, tarado, aquella otra (intensas miradas de odio a Juancito, que no captó la diferencia), y si te he visto no me acuerdo. Siempre hay un pilón a mano o un pie donde hace falta, o un imán discreto en el platillo de las pesas, cosa de apurar las cuotas por la casita en Solymar. ¿Y qué va a hacer? Hoy día está todo tan bravo, está...

El salto grande

El salto del depósito intermedio al depósito grande es el salto del subdesarrollo que intenta dejar de serlo, al capital monopolista que quiere serlo cada vez más. Aquí las zancadillas y los golpes bajos de que antes se habló, no son metáfora.

Cambian la escenografía y los personajes; ya no se trata del cordón de la vereda y el pichi rotoso, al que suele seguir una nube de chiquilines, las mariposas de Mauricio Babilonia. Ahora estamos en un despacho de ejecutivo. El personaje que espera es el gerente de una fábrica de papel; y el que irrumpe triunfalmente es el emisario del depósito grande (sonrisas, pura pinta, y quizás una pulga, para certificar el lugar de origen, que lo tiene a los saltos). El gerente querrá un contrato mensual por 600 ó 700 toneladas de desperdicios. ¿Qué depósito chico o aun mediano podría pro-

porcionárselas? Pero él lo tiene todo, usted no se preocupe. Un depósito inmenso, moderno, varias enfardadoras, gente ducha en la clasificación, varios camiones en la calle, y los depósitos de cualquier tamaño dispuestos a servirlo. Y si teme no llegar al tope comprometido, va él personalmente a las canteras del Cementerio del Norte en su Alfa-Romeo les muy democrático y allí contrata directamente con los pichis, a razón de 100 o 150 pesos cada carrito lleno; usted me los lleva al depósito y cobra al instante por cada descarga, ¡y siempre a la orden, che! Arregla todo con todos: las condiciones, los precios, las oscilaciones de éstos, la escasez y la abundancia de tal o cual renglón. Y si alguno se resiste, siendo otro grande se puede entrar a hablar, si es uno mediano hay que irlo asfixiando, y si es uno chico se le aplasta como a una... ¡esta maldita pulga!

Pero el dueño del depósito grande sólo es un sirviente distinguido. Su señor es el fabricante de papel, llámese FNP, Ipusa, Pamer o Cicssa. Ellos son los tigres del papel. El país no produce papel en bobinas con líneas de agua, que es el que consume la industria periodística; tiene que ser pues, importado. Pero todas las otras líneas —rústico, embalaje, blanco, cuadernos, sobres, higiénico, bolsas, cartón, cartulina, etcétera— se producen aquí, sólo que en el coto herméticamente cerrado del trust papelerero. Los gravámenes al papel importado hacen prohibitivas y antieconómicas las adquisiciones en el exterior. Y en el país no hay competencia. Cada fábrica maneja en exclusividad un renglón asignado de común acuerdo, y el consumidor no tiene alternativas ni defensa. Se trata, pues, de una industria subvencionada para beneficiar intereses particulares, en perjuicio del interés común. Dar vía libre a los barones locales del papel (a veces, no tan locales), no es la manera más aconsejable de frenar a los de fuera. Y entre nosotros el trust es todopoderoso. Es el privilegio y la injusticia, enquistados en el estado de derecho. Y esto no va, por supuesto, sólo para las fábricas de papel. Va también para las de vidrio y trapo, para las fundiciones de metal, para los dueños de depósitos, para los intermediarios que venden a buen precio lo que compran tirado. Todo ese submundo que merodea el basural (en muchos casos, sin haberlo visto nunca) para engordar, como los chales, con su carroña.

No es la repentina generosidad de estos proxenetas del hambre de los pobres, lo que va a restablecer a cada cual lo suyo.